

Liberar Brasil o liberalizar a Lula

Brasil, el país latinoamericano que se encuentra entre los once más ricos del mundo y entre los dos más desiguales en cuanto a la distribución de la riqueza, parece que va a poder celebrar el próximo enero una transición presidencial pacífica y democrata. Lula, el presidente electo, el primero de izquierdas desde la instauración republicana de 1889, no va a tener un trabajo fácil. Aunque su programa obedece al modelo socialdemócrata, está falto aún de lo principal, un plan estratégico que pueda conducir razonablemente a lo que propone. El reto de Lula es complejo y difícil: tiene que demostrar que es posible una alternativa económica para Latinoamérica al neoliberalismo que supere el consenso de Washington.

Brasil cuenta con un retrato extremo: por una parte es uno de los once países más ricos del mundo y por otra es el segundo país más desigual del mundo. Es un país rico lleno de pobres: 53 millones de brasileños, el 34% de la población, viven por debajo de la línea de pobreza, de ellos, 23 millones, el 14,5%, son considerados indigentes.

La evolución del panorama social brasileño no indica que la cuestión social vaya a mejorar. Estamos ante una de las víctimas de la aplicación de una política neoliberal por la que los enriquecimientos millonarios y los logros macroeconómicos no solamente no se han proyectado sobre la población sino que han acusado todavía más la desigualdad social y la miseria. Además, la corrupción y el mantenimiento de los símbolos ostentosos de la alta burguesía, los grandes latifundios inexplorados a cuyo cultivo aspira el Movimiento de los Sin Tierra, agravan todavía más la percepción social de que es necesario otro modelo de Estado social.

Sobre esa lamentable y contradictoria realidad oscila una delicada coyuntura económica. El país se encuentra en una mala coyuntura económica agravada por una fuerte especulación financiera sobre su moneda y sus títulos públicos. Coyuntura negativa achacable tanto a factores externos (la crisis argentina, el desorden internacional y la tensa situación económica de EE UU) como a factores internos (el alto volumen de la deuda brasileña, pública y privada, y la dependencia de capital externo). Todo ello ha llevado a que Brasil haya entrado en un ritmo lento de crecimiento económico que impediría llegar a la tasa suficiente para pagar su deuda, y eso genera expectativas de nuevos bucles negativos. Ganan fuerza los temores, verificados en determinados sectores de la economía, de que el país pueda tener serias dificultades para cubrir los compromisos que vencen en diciembre y suman 16.700 millones de dólares. Los recursos de que dispone el Banco Central para hacer frente a la guerra especulativa que amenaza a los mercados financieros están al borde del agotamiento, sin lograr probar su eficacia. Las desastrosas consecuencias se sienten tanto en la vida de las empresas como en la población, que experimenta índices de inflación inquietantes, por encima del 2% mensual en agosto y septiembre.

Las elecciones presidenciales han introducido una incertidumbre complementaria ya que se teme un cambio brusco en las políticas económicas y monetarias llevadas a cabo desde 1994 y eso hace que los inversionistas opten por dos salidas: o retraerse, o buscar la protección del dólar presionando aún más las tasas de cambio y

debilitando el real, que este año perdió un 68% de su valor. Las conclusiones del último *Foreign Direct Investment Confidence Index* (índice que mide la confianza de los inversores en determinados mercados), publicado en septiembre de 2002 por la consultora estadounidense A. T. Kearney, señalan que Brasil ha caído en el último año de la tercera a la decimotercera posición en la lista de países más fiables para la inversión extranjera directa.

No obstante, las perspectivas tras las elecciones apuntan a que la naturaleza del problema de amenaza fatal sobre Brasil es coyuntural, es un «parón técnico», y que su situación mejorará a medio plazo. La cuestión es ver el modelo de mejora. El modelo de desarrollo y sus dependencias políticas y financieras intervienen determinadamente en esa decisión. Además de ese diseño estructural hay un nudo que deberá encauzarse razonablemente en los próximos meses para viabilizar el país: la firma del nuevo contrato social entre la patronal, los financieros internacionales y la clase obrera.

Al nuevo presidente le esperan grandes desafíos después de ocho años de un gobierno que, si bien acabó con la hiperinflación y consolidó la democracia, no consiguió encarrilar el país por la senda del crecimiento económico y logró escasos resultados a la hora de reducir las tremendas desigualdades sociales. Los programas económicos de los diferentes partidos son llamativamente similares. Brasil continuará, con o sin Lula, con una política económica ortodoxa y la intervención se basará en políticas redistributivas convencionales, lo cual ya sería una gran buena noticia para las mayorías brasileñas. Los cambios innovadores que el ala izquierda de su partido podría esperar, requerirían un ciclo sociopolítico más largo que respaldara otro modelo económico, y eso es una operación que hay que resolver en el ámbito de lo social y cultural antes de ganar unas elecciones. Lula no tiene el soporte cultural ciudadano, aunque sería posible que desde el gobierno favoreciera procesos que posteriormente lo fueran construyendo.

El corte de su programa es el del modelo socialdemócrata: Lula promete un crecimiento del 5%, una amplia reforma tributaria, una

reducción de los tipos de interés (el promedio anual es del 18%) cuando se obtengan saldos comerciales positivos, controlar la inflación y bajar el desempleo a la mitad (hoy es del 7,5%). Si bien la receta es conocida, no está todavía sobre la mesa lo principal: un plan estratégico que podría conducir a ello.

El recambio presidencial tiene una lectura quizás más significada. La importancia del cambio que significa la victoria de Lula tiene que ver no sólo con que llega, por primera vez, un presidente de izquierda, sino con que, desde hace décadas, vamos a asistir por primera vez al hecho de que un presidente electo dé el relevo presidencial a otro presidente elegido democráticamente. Un capítulo de esta historia antidemocrática se inició con la dictadura militar impuesta desde 1964 a 1985 y que continuó con la transición de presidentes no elegidos democráticamente como Neves y Sarney. Otro capítulo se desarrolló con la dimisión por corrupción a mitad de mandato de Collor de Mello, que al ser reemplazado el resto del periodo presidencial por su vicepresidente Itamar Franco, privó a Cardoso, cuando ganó las elecciones en 1994, de una entrega de las insignias patrias. Luego, él mismo continuó tras las elecciones de 1998. Visto el panorama, no es poco para Brasil que la transición presidencial sea pacífica y democrática. También es la primera vez que un presidente de izquierda puede ser elegido desde la instauración republicana, en 1889.

Parte del interés de esta elección está, sin duda, en la importancia motora que Brasil tiene en Latinoamérica y en el mundo, especialmente en España. Pero también es un test para las nuevas políticas que pudieran emerger de los movimientos antiglobalización y para la aplicación de una posible tercera vía latinoamericana. El reto de Lula es complejo y difícil: tiene que demostrar que es posible una alternativa económica al neoliberalismo. La moderación de su discurso y su acomodo estético al cambiar su imagen de obrero por la de un ejecutivo consiguieron disipar el arquetipo del izquierdista radical de los setenta y lo lograron convertir en una figura que suscita esperanzas de cambio.

Liberar Brasil o liberalizar a Lula

Algunos observadores ven una oportunidad de expansión de un posible modelo Lula por el subcontinente. Si un gobierno del Partido de los Trabajadores sacara adelante un plan de desarrollo con mayor empleo y aumento de producción, el efecto Lula se extendería a otros países. Lula es el más reciente referente de un movimiento que gana fuerza en la región con la consolidación de la izquierda en Uruguay, con la mayoría de los precandidatos presidenciales argentinos con retórica anti-FMI, y con el cuestionamiento social a los gobiernos de México, Colombia, Perú, Bolivia, Paraguay, y otros. Una victoria de Lula también podría terminar de romper el alineamiento de América Latina con el consenso de Washington, una serie de políticas neoliberales que lograron cierto crecimiento económico en algunos países de la región durante los noventa, pero que dejaron como herencia mayor empobrecimiento y aumento de la desigualdad social.

Pero es improbable la posibilidad de crear un modelo alternativo que no haya sido antes expresado visiblemente y no esté ya en parte realizado en experiencias probadas de la sociedad civil. Más bien hay que interpretar en este fenómeno Lula un nuevo ejemplo del partido de izquierdas que se convierte en socialdemócrata o social-liberal. El proceso de «liberalización de Lula» es más probable que un movimiento de «liberación de Brasil». El actual Lula, un hombre de cincuenta y seis años, es un nuevo producto con imagen de profesional liberal, de moderador, presidencial, estadista y negociador. Ese cambio no ha convencido a todos. Hay quien ve en él todavía a un peligroso izquierdista. La derecha republicana ha avisado que quizás se esté ante un nuevo «Sadam Hussein latinoamericano». Pese a estos recelos, de la oposición social a Lula han salido expresivos signos impensables hace un año: los ejecutivos de la federación nacional de banqueros, núcleo de resistencia contra el Partido de los Trabajadores, aplaudieron sonoramente a Lula en una ponencia.

Luiz Inácio *Lula* da Silva y el Partido de los Trabajadores (PT) son los claros vencedores de las elecciones brasileñas, los electores han dado un vuelco político al país, que pasa de ser de centroderecha a ser de izquierda, de la mano del Partido de los Trabajadores (PT). Por primera

vez, el PT se convierte en uno de los cuatro grandes partidos del país junto con los socialdemócratas (PSDB), los liberales (PFL) y el Movimiento Democrático Brasileño (PMDB). También, por primera vez, el PT va a ser el partido con mayor número de escaños en el Parlamento y, como parte de ese abanico creciente, todos los partidos menores de la izquierda también aumentan sus escaños. Otro dato que refuerza el éxito del PT es el récord conseguido por el senador petista Aloizio Mercadante, asesor económico de Lula, que en la primera vuelta sacó más votos que ningún otro senador en la historia de las elecciones de este país: 10.442.705.

Brasil se halla ante una encrucijada como cada vez que hay un movimiento significativo en la conciencia colectiva, pero no es un giro que dependa tanto de Lula y el PT como de la sociedad civil. No hay cambio radical sin una previa hegemonía civil en el sentido de ese cambio. No obstante, más acá de ese posible cambio sistémico, Brasil se juega mucho: el avance hacia una sociedad mucho menos desigual, lo cual significarían miles y miles de vidas ganadas a la muerte y la miseria.

El papel de España es determinante. Brasil sigue siendo un imán para las inversiones de las empresas españolas. Entre 1998 y 2001, el capital español ha invertido en suelo brasileño 50.000 millones de euros (casi nueve billones de pesetas). Las inversiones continuadas desde principios de los noventa han permitido que Telefónica controle el 25% del mercado, el SCH ocupe el cuarto puesto por activos en el *ranking* financiero del país, el BBVA, con menor presencia, cuente con activos por valor de 5.025 millones y 478 oficinas (entre ambos, controlan casi el 10% del mercado) y, por su parte, Iberdrola y Endesa suministren energía eléctrica a cuatro Estados del país, con unos 10 millones de clientes. España dispone como sociedad de una estrategia político-comercial con Brasil que esperamos que madure hacia una política presidida por la corresponsabilidad para el desarrollo. ■